

CONFERENCIA INAUGURAL DE LA  
CÁTEDRA ALFONSO REYES

---

---

**UN NUEVO  
CONTRATO  
SOCIAL  
PARA EL  
SIGLO XXI**

---

---

CARLOS FUENTES

CÁTEDRA ALFONSO REYES XX ANIVERSARIO







CONFERENCIA INAUGURAL DE LA  
CÁTEDRA ALFONSO REYES

UN NUEVO CONTRATO SOCIAL  
PARA EL SIGLO XXI

CARLOS FUENTES  
16 DE FEBRERO DE 1999



# UN NUEVO CONTRATO SOCIAL PARA EL SIGLO XXI

CARLOS FUENTES  
16 DE FEBRERO DE 1999



Cuidado de la edición  
Perla Cano

Diseño de cubierta e interiores  
Sustantiva

D. R. © 2019  
Instituto Tecnológico y de Estudios  
Superiores de Monterrey  
Ave. Eugenio Garza Sada 2501 sur, 64849  
Monterrey, Nuevo León

Comentarios  
catedra@itesm.mx

Edición no venal

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,  
sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito de los  
titulares de los derechos.

Impreso en México — *Printed in Mexico*



## PRESENTACIÓN

En los albores del siglo XXI, el 16 de febrero de 1999, Carlos Fuentes pronunció el discurso fundacional de la Cátedra Alfonso Reyes. La pertinencia y profundidad de sus palabras adquieren hoy, a veinte años de distancia, una contundente vigencia. Traer al escenario de la reflexión el eco de sus ideas nos permite no solo reconocer la lucidez de su pensamiento, sino comprender la complejidad de los retos que enfrentamos.

La crisis ecológica, la inequidad de género, le xenofobia, el chauvinismo, la globalización,

la desigualdad económica, la ausencia del estado de derecho y la violencia son algunos de los temas que Carlos Fuentes considera que debemos enfrentar a través de un nuevo pacto social. En este nuevo contrato incluyente y plural, la participación de la sociedad civil, a través del fortalecimiento de la democracia, la educación y la celebración de riqueza cultural, jugarán un papel fundamental.

El futuro solo es pensable y construible desde la capacidad de reconocernos en los otros, desde la imaginación artística, el pensamiento crítico y la alianza indispensable entre las ciencias y las humanidades.

El espíritu abierto, plural, profundamente ético y humano que alienta las palabras de Fuentes ha dado sentido y orientación a la Cátedra que honra la memoria de otro intelectual mexicano que supo ser universal porque, como al autor latino Terencio, nada de lo humano le fue indiferente: Alfonso Reyes.

Hoy queremos celebrar el XX aniversario de la fundación de la Cátedra Alfonso Reyes repensando nuestro mundo de la mano de Carlos Fuentes;

que el rigor de su pensamiento y la nobleza de su espíritu nos alienten en la construcción de un mundo que celebre la vida y garantice su dignidad.

*Ana Laura Santamaría*  
*Cátedra Alfonso Reyes*



# UN NUEVO CONTRATO SOCIAL PARA EL SIGLO XXI\*

CARLOS FUENTES  
16 DE FEBRERO DE 1999

Es para mí un grandísimo honor inaugurar esta tarde la Cátedra Alfonso Reyes, con la que el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey distingue a uno de los más ilustres regiomontanos: don Alfonso Reyes. Reyes amaba intensamente a Monterrey, y el sello de su correspondencia personal era un dibujo, hecho por el propio Reyes, del Cerro de la Silla. Monterrey se llamó la carta mensual que don Alfonso distribuía impresa entre sus amigos, y “Sol de Monterrey” se llama uno de sus más bellos poemas, “un sol”,

dice, “despeinado y dulce, claro y amarillo” que el regiomontano errante, el neolonés viajero que fue siempre Reyes, saludó como despedida de su patria chica.

“Cuando salí de mi casa  
con mi bastón y mi hato,  
le dije a mi corazón:  
—¡Ya llevas sol para rato!”

Alfonso Reyes paseó por el mundo el “Sol de Monterrey”, lo llevaba en la sonrisa, nada más alejado del severo magister y del pomposo orador que el risueño Reyes de la franca carcajada norteña, una carcajada llena de amor, de simpatía, de acercamiento, de cordialidad, de cortesía. No creo haber conocido a otro hombre que reuniese tanta afabilidad humana con tanta agudeza intelectual, pues la inteligencia de Reyes no era, como tantas veces ocurre en los medios intelectuales, arma de rija, máscara de la envidia, apuesta de campeonato, o paradójicamente, peto protector de corazones estúpidos bajo cabezas esclarecidas. La suya era una inteligencia cordial, amorosa, respetuosa de los demás, porque se respetaba a sí misma. Sobre tan

lúcida amabilidad, pudo Reyes levantar el monumento de su literatura, con raíz, pero sin fronteras, quiso y pudo ser generosamente universal a fin de ser provechosamente nacional.

Jorge Luis Borges, cuyo centenario celebramos este año de 1999, dijo hace cincuenta años que Reyes era el mejor prosista de la lengua española en ambos lados del Atlántico en siglo XX. Hoy, al terminar el siglo, esa opinión sigue en pie. El ritmo, la claridad, la gracia de la prosa alfonsina, no han sido superadas ni en forma, ni en contenido, ni en profundidad, ni en extensión.

En él se hizo verdad contemporánea la voluntad clásica de Terencio, “hombre soy y nada humano me es ajeno”. La temática alfonsina es inagotable. En literatura abarca desde los clásicos de la antigüedad a sus grandes pasiones españolas: Góngora, Cervantes, Calderón de la Barca, a su inigualada representación de las letras de la Nueva España, a sus muy personales amores hacia Stevenson y Chesterton, y sus muy críticas aproximaciones hacia la modernidad vanguardista. Pero se atreve también Reyes a proclamar a la novela policial para cerrar el ciclo como género clásico de

nuestro tiempo, interés de la fábula y coherencia de la acción.

Recuerdo que nos sentábamos en el Hotel Marik en Cuernavaca, cuando todavía existía, a tomar café. Le echaba muchos piropos a las muchachas, era muy enamorado, y al terminar el café me decía, “Carlos, vámonos al Cine Ocampo, aquí enfrente”, le digo, “don Alfonso, pero están dando tres películas de vaqueros con John Wayne, ¿cómo vamos a ir a ver eso?” Me decía Reyes: “no te olvides, Carlos, el cine es la épica contemporánea, esto es como ir a ver a Homero”.

Poeta y cuentista superior, Reyes es también un minucioso cronista del oro, el azúcar, el algodón, el café, de las yerbas de tarahumara al mate argentino. Reyes postula su curiosidad con estas palabras: “Una sola rama del saber puede conducirnos al más ancho contacto humano y a poco que nos mantengamos en el propósito de abrir, de abrir los vasos comunicantes”. Por eso el poeta de *Huellas*, tan cercano a las flores y perfumes de su tierra natal Monterrey, es también dramaturgo de *Ifigenia cruel*, la tragedia del hogar vedado y el fatigoso exilio. Por eso el teórico literario del *Deslinde*



es también el puntual práctico de la diplomacia, el derecho, el internacionalismo y la paz. Y es que en Reyes se trata, de acuerdo con sus palabras ante la Asociación Bancaria de Buenos Aires en 1938, de conciliar la economía y las humanidades, superando, lo cito, “la antinomia occidental entre la vida práctica y la vida del espíritu”.

¿Hay palabras que justifiquen mejor la creación de la Cátedra Alfonso Reyes en el seno del Tecnológico de Monterrey?, pero hay algo más que dice don Alfonso: “Todo empeño de partir artificialmente la unidad fundamental del ser humano tiene consecuencias funestas, arruina a las sociedades y entristece a los individuos”.

He hablado de la sonrisa de Reyes, la ilumina el sol de Monterrey, pero también hay un llanto de Reyes, lo provoca la tormenta de México. En esta tensión don Alfonso concibe al ser humano como un naufrago del mundo que solo se mantiene a flote gracias a la cultura; y la cultura, siendo universal, es también mexicana, es también americana. Nuestro mundo americano es un presagio, afirma Reyes. A pesar de todo continuamos siendo una radiante promesa para los descontentos y los

reformadores. El destino del Nuevo Mundo es amparar los intentos para el mejoramiento humano y, aun, dice, “aun el dolor de América es necesario para alcanzar nuestra difícil gloria”.

Por todo ello, quisiera hoy insertar mis palabras sobre un nuevo contrato social para el siglo que viene, dentro de la siguiente concepción de Reyes, al cual vuelvo a citar:

Si todo el hombre es vida social (escribe en *Última Tule*), la ciencia social comprende el registro de todas las posibles disciplinas humanas, la realidad es continua, y todas las cosas y todos los conocimientos se entrecruzan, viven de su mutua fertilización. Esta integración del saber, incluye a la política, que es problema de la convivencia entre los seres humanos, pero además de la convivencia humana, hay el destino humano, y para cumplirlo, la política debe someterse a la ética.

Inauguramos la Cátedra Alfonso Reyes del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey con esta conciencia y este propósito.

Las ciencias y las humanidades no son enemigas, son indispensables aliadas. Alfonso Reyes vuelve a Monterrey al filo de nuevo milenio y una nueva centuria, escucho en esta hora su voz que nos dice: “Un cierto instinto pitagórico hace que se consideren los números redondos como cifras fatídicas; así fue el año 1000, así será el año 2000”, escribió Reyes previsoramente, solo para afirmar, más allá de los calendarios, la fuerza de la continuidad cultural, para seguir adelante sobre las tumbas, como decía Goethe, para pisar impávidamente sobre las ruinas, como cantaba Horacio.

Estas palabras de dos de los autores que más amaba Reyes: Goethe y Horacio, me conducen a otras de un autor y un libro que para mi eterno deleite y agradecimiento, él puso en mis manos cuando yo tenía 17 años y lo visitaba mes con mes en su retiro de Cuernavaca. Detenido en la transición de la Revolución Francesa del Imperio Napoleónico al mundo de la gran industria, del desarraigo social y la consolidación de las nuevas clases dirigentes, el poeta francés Alfredo de Musset, en sus *Confesiones de un hijo del siglo*, se situaba a sí mismo en el instante que separa el pasado del

porvenir, que no es ni pretérito ni futuro, pero que se asemeja a ambos, “con cada paso que damos”, escribió el poeta, “con cada paso que damos no sabemos si caminamos sobre una semilla o sobre una ruina”.

Hoy nos reunimos a las puertas de un nuevo siglo y de un nuevo milenio, y no sabemos si pisamos surco o ceniza. La fe ilimitada en el progreso y la felicidad anunciada por la filosofía del siglo XVIII y sostenida por el optimismo del siglo XIX, no nos preparó para los horrores del siglo XX. Nueve millones de muertos en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, tres millones de judíos asesinados en el Holocausto nazi, millones sin cuenta sacrificados en las Purgas y el Gulag de la Rusia estalinista, e incontables también los desaparecidos, los torturados, los asesinados por las dictaduras latinoamericanas. Este no es el retrato del progreso constante e inevitable de la humanidad previsto por los pensadores de la Ilustración y del Positivismo. Sin embargo, la terrible ironía de esta negación de la felicidad por la historia estriba en que nunca, nunca como en el siglo XX, alcanzó la humanidad cumbres más altas de adelanto

en la tecnología, las ciencias y las comunicaciones. Por ello mismo nunca fue mayor el abismo entre el prodigioso desarrollo material y científico, y el deprimente retraso político y moral. Este fue el siglo de la violencia como pasaporte a la universalidad. Nadie quedó exento de la capacidad impune de dañar a sus semejantes. Casi se diría que a mayor adelanto técnico, menor adelanto moral. Siglo cruel, y acaso en algún aspecto, siglo desperdiciado. De los años del siglo XX, doce se nos fueron en sangrientas guerras mundiales y cuarenta en una Guerra Fría que dividió al globo en dos campos irreconciliables, demonizando las fuerzas del cambio en la esfera del capitalismo con el sambenito del comunismo y las fuerzas del cambio en las esferas comunistas con el estigma del capitalismo. Los subgéneros de esta guerra mayor los encarnaron y los pagaron los países del llamado Tercer Mundo, obligados a alinearse con una u otra de las dos grandes potencias nucleares, al precio de aplazar durante cuatro décadas los problemas reales de la convivencia humana, de la sociedad civil, en espera de un día mejor. Hoy, ese día ha llegado.

Fuera del refrigerador de la Guerra Fría, surge una agenda urgente pidiendo a gritos que le prestemos la atención negada durante el cruel siglo XX. Es la agenda para el siglo XXI, es la agenda para mantener la continuidad de la vida salvando la existencia misma del planeta, asegurar la supervivencia ecológica a pesar de las repetidas agresiones contra los muros pacientemente levantados de nuestra casa común: la Tierra. Lagos y vías fluviales, bosques y tierras se están muriendo a una velocidad sin precedente, crece el hoyo de la capa de ozono, los mares comienzan a hervir, y corremos el riesgo de perder el delicado equilibrio de la biosfera y condenar a nuestros hijos a vivir y a morir sin naturaleza. “El universo, el universo requiere una eternidad”, escribió Jorge Luis Borges, “y en el cielo”, añadió, el gran autor argentino, “los verbos conservar y crear son sinónimos”. En la Tierra se han vuelto antagónicos: conservar y crear son verbos enemigos en este final de siglo. Mantener la continuidad de la vida a pesar de la inevitabilidad de la muerte. ¿Existe un mandamiento más urgido de atención por parte de la sociedad y sus componentes: gobiernos, sector privado, tercer sector, que

éste? Pero propongo enseguida otro mandamiento para una sociedad más justa en el siglo que viene: otorgarle los derechos que le son inherentes a la mitad del género humano, la población femenina, las mujeres, las mujeres que dan cuenta del 53% del trabajo y de la mitad del producto económico mundial. Las mujeres exigen y merecen igualdad de oportunidades, salario igual por trabajo igual, y acceso a todos los niveles más altos de la educación, las profesiones y el gobierno; exigen y merecen, sobre todo, el derecho sobre sus propios cuerpos. Hay un tercer mandamiento tan importante como la protección del medio ambiente y los derechos de las mujeres, y es el de superar la persistente división entre el mundo desarrollado y el mundo en desarrollo. En el norte, el 20% de la humanidad recibe el 80% del ingreso mundial, y consume las tres cuartas partes de la energía comercial, mientras que en el sur, dos mil millones de seres humanos, la tercera parte de la humanidad, vive en condiciones de extrema pobreza. Solo en nuestra América Latina, uno de cada cinco habitantes padece hambre, y la mitad de la población de la América Latina vive, o sobrevive, con menos de noventa dólares al mes.

Si vamos a vivir en un planeta unido, la globalidad no lo será sin la corresponsabilidad. A finales de la Segunda Guerra Mundial, avizorando lúcidamente el porvenir, el primer ministro británico laborista, Clement Attlee, dijo: “no podemos crear un paraíso adentro, dejar un infierno afuera y creer que vamos a sobrevivir”. Mantener la continuidad de la vida, a pesar de la inevitabilidad de la muerte: ecología, derechos femeninos, cooperación Norte-Sur, son solo tres incisos que se inscriben en una agenda mayor que los contiene a los tres, pero los relaciona con una crisis de civilización, me atrevo a llamarla así, que compartimos Norte y Sur, Este y Oeste. Una crisis que incluye pandemias incontrolables, infraestructuras arruinadas, ancianos abandonados, gente sin hogar, sin salud y sin escuela, inseguridad ciudadana y criminalidad creciente, sobre todo el narcotráfico, que no reconoce fronteras nacionales o jurisdicciones internacionales, prejuicios arraigados, xenofobia, homofobia, chauvinismos. La crisis de la civilización moderna ya no es privativa de país o sistema alguno, y lo dramático del asunto, señoras y señores, es que los problemas crecen, pero las instancias de resolución



disminuyen. Asistimos, en otras palabras, a un deterioro de las jurisdicciones tradicionales, para atender problemas de cuya solución, y no de panaceas ideológicas, depende el destino del ser humano en la Tierra.

A partir del fin de la Guerra Fría (que creaba una suerte de jurisdicción compartida entre los Estados Unidos y la Unión Soviética y se basaba en el equilibrio del terror nuclear), hemos atestiguado la debilidad, y a veces la desaparición, de las instancias tradicionales de aglutinación social y solución de problemas. Nación e imperio, estado y comunidad internacional, sector público y sector privado, todas estas apelaciones tradicionales están hoy, de una manera u otra, a veces obvia, a veces paradójica, a veces disfrazada, en crisis. ¿Por qué sucede esto? Aventuro una idea: porque no hemos sido capaces de crear una nueva legalidad para una nueva realidad. Ecología, demografía, situación de la mujer, del anciano, del enfermo, narcotráfico, inseguridad, educación, organizaciones internacionales debilitadas, función de la empresa y función del estado puestas en cuestión y subsumiéndolos, enfrentándose a exigencias de la aldea global y

demandas de la aldea local. En todos los casos, realidad sin legalidad. Este vuelve a ser hoy nuestro desafío: una realidad mutante, una realidad que está cambiando todos los días, y una legalidad incierta, y a veces inexistente es el desafío que conocieron las sociedades de occidente en su pasaje del orden seguro de la Edad Media, a la incertidumbre del valiente mundo renacentista en el que se fraguaron los cimientos del primer gran contrato de la modernidad: el contrato de la nación y el nacionalismo, del estado soberano y del derecho de gentes.

Me parece que vale la pena, en esta era de la globalización que estamos viviendo, recordar el origen de estas ideas: nación y nacionalismo, soberanía y derecho internacional, que hoy son tratadas a veces como nostálgicas anacronías inútiles frente a los mecanismos espontáneos del mercado global. Recordemos que después de todo, en estas ideas se fundó durante 500 años el mundo moderno. Si vamos a hablar de un nuevo contrato, aún incierto, aún inominado para el siglo XXI, recordemos el último contrato que mantuvo enriquecido por las revoluciones democráticas y sociales subsecuentes que mantuvo vigencia hasta nuestros propios días.

Todos los teóricos contemporáneos del tema, Erick Hobsbawn, Ernest Gellner, Isaiah Berlin, nos advierten que nación y nacionalismo son dos expresiones muy recientes, inexistentes e inconcebibles en el mundo antiguo, o en la Edad Media. Tan inesperada como pueden serlo las nuevas denominaciones que nos aguardan en el siglo que viene. Nación y nacionalismo son términos de la modernidad que aparecen para legitimar ideas de unidad territorial política y cultural, necesarias para la integración de los nuevos estados surgidos de la ruptura de la comunidad medieval cristiana. De la necesidad nació la ideología nacionalista y de ésta la nación misma. El nacionalismo tomó culturas precedentes y las convirtió en naciones. Pero, ¿qué es lo que provoca la aparición misma de la idea misma nacionalista? Émile Durkheim habla de la pérdida de viejos centros de adhesión e identificación, la nación los suple. Isaiah Berlin añade que todo nacionalismo es respuesta a una herida infligida a la sociedad. La nación la cicatriza, nosotros hoy repetimos con ellos, si la ideología nacionalista y la nación misma están en crisis, ¿qué nueva ideología, qué nuevas formas sustentarán la sociedad? ¿Cuál

es hoy nuestra herida social y qué suturas la podrían cerrar? ¿Cómo se llamará este proceso, aún anónimo, que nos permitirá crear una nueva legalidad para una nueva realidad? ¿Cómo serán suplidos los centros de identificación nacionales, colectivos, familiares? ¿Cómo se conjugarán los peligros que advierte medio siglo después de Clement Attlee, otro primer ministro inglés, Tony Blair, la desintegración de las familias, la quiebra de las comunidades, las exclusiones sociales?

En el siglo XVI, el concepto de nación le otorgó a los estados más avanzados en el camino de la integración territorial y de la diversificación económica, es decir, a los estados europeos, una legitimación política para acrecentar la unidad nacional y para pasearse por el mundo durante cinco siglos, imponiéndoles a las otras culturas sus propias normas de civilización europea y sus propias hegemónías económicas y militares, sin pedirle permiso a nadie; se trataba al cabo de civilizar. De ahí que el nacionalismo expansivo de la Europa moderna vaya acompañado de una réplica crítica, que es el internacionalismo europeo. El derecho internacional solo se vuelve necesario al concentrarse el poder

en muy pocos estados nacionales que conquistan la mitad del mundo, exterminan o evangelizan a sus habitantes, discuten si tienen alma o no, si se justifica el derecho de conquista, y si hay guerras justas e injustas. Todo esto que digo hubiese asombrado al mundo feudal, ya que en la Edad Media, la guerra fue la norma, y la paz la excepción; no había que justificar la normalidad, sino maravillarse ante la excepción. En cambio, en el siglo XVI, el holandés Hugo Grocio convierte la paz en norma y la guerra en excepción, y desde su cátedra en Salamanca, el jesuita Francisco De Vitoria funda el derecho nacional en el concepto de la universalidad de los derechos humanos, extendiéndolo a las poblaciones indígenas del Nuevo Mundo. En tanto que su discípulo, Francisco Suárez, sitúa el origen de toda autoridad en el pueblo, siendo por ello todo pueblo legalmente, repito, legalmente invulnerable a la conquista por otros.

Quiero decir, el nacionalismo europeo, a la par que conquista e impone sus valores al mundo colonial, se impone a sí mismo un sistema de normas, las del derecho internacional. Esta es una de las grandes conquistas de la civilización europea,

y junto con el arte de occidente y la democracia política, una de sus más grandes contribuciones a nuestra humanidad compartida, esa humanidad compartida en la que fervientemente creía Alfonso Reyes. Pues desde sus orígenes con Grocio, Vitoria y Suárez, el derecho internacional, incluyendo los derechos humanos, se ha convertido en patrimonio universal de todos los pueblos. Merece la aprobación de todos, es cierto, pero a veces se trata de homenajes puramente retóricos, y en realidad ocurre con el derecho internacional lo que con las leyes humanitarias de la colonia española cuando llegaban a las colonias americanas y los virreyes se colocaban los papeles jurídicos en la cabeza y proclamaban: “la ley se obedece, pero no se cumple”. El largo esfuerzo de la civilización por crear una normatividad justa entre las naciones se topó constantemente con dos obstáculos: su carácter no impositivo, “la ley se obedece pero no se cumple”, y la celosa soberanía de los estados-nación.

Al terminar la Primera Guerra Mundial, la Liga de las Naciones en Ginebra no pudo contener el desafío de los nacionalismos extremos, el fascismo y el nazismo, y la ONU no solo perdió tiempo

y autoridad durante la Guerra Fría. Sus instituciones fueron creadas a finales de la Segunda Guerra Mundial, para menos de cincuenta naciones. Hoy, la ONU tiene más de doscientos miembros, es decir, que la legalidad ha sido avasallada una vez más por la realidad, y la reforma de los organismos internacionales será tarea primordial del siglo que viene, refrendando en su centro mismo la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Pero a la vez que la jurisdicción internacional se diluye, las soberanías nacionales, némesis anterior del derecho de gentes, palidecen y se debilitan ante un asalto imprevisto hace medio siglo. Ese movimiento se llama la globalización y en ella ponen hoy sus esperanzas, pero también en ella ven reflejados sus temores muchísimos hombres y mujeres en el umbral del siglo XXI.

La globalización somete y hasta descarta la idea del nacionalismo en la que se fundó el mundo moderno, pero también propone interrogantes críticos dentro de cada comunidad nacional, al sector público y al sector privado, al estado y la empresa, a la cultura y a la democracia, y finalmente, al tercer sector: la sociedad civil. Los vicios

de la globalización están a la vista, pero sus virtudes también. Es decir, la globalización tiene, como Jano, dos caras: una es la cara de una prosperidad deseable, la otra la cara de una exclusión indeseable. Lo que estamos viendo hoy es más el rostro que no queremos que el rostro que desearíamos. Vemos una globalización dominada por la lógica especulativa. En 1971, el movimiento global de divisas era de 18 billones de dólares diarios, hoy es de 1,500 millones de dólares diarios, pero en 1971, el 90% de dicho movimiento se destinaba a la inversión y el comercio, y solo el 10% a la especulación. Hoy, la ecuación se ha invertido: el 90% del movimiento diario de capitales se dedica a la especulación, y solo el 10% beneficia el comercio y la producción.

Esta deformación salvaje de la circulación de la riqueza contribuye a crear también globalmente una subclase estructural permanente, excluida de las bondades de un sistema que podríamos llamar darwinismo global, que solo beneficia a los más aptos y deja a la vera del camino desprotegidos, a quienes se quedan atrás en la carrera, la creciente masa de los marginados. Si las desigualdades provocadas por este darwinismo global persisten,



en treinta años, advierte nada menos que el Banco Mundial, se duplicará el número de pobres en el mundo, y ya hay dos mil millones. ¿Es esto lo que nos espera? ¿La globalización de la pobreza? Más aun, la globalización negativa le otorga plena libertad de movimiento a las cosas, pero se lo niega a las personas. Las mercancías circulan sin barreras, pero los trabajadores no pueden desplazarse con libertad; las cosas son libres, los trabajadores son cautivos. Ello no desalienta los movimientos migratorios, inevitables en un mundo de desequilibrios y necesidades compartidas, en el cual las insuficiencias económicas del Tercer Mundo expulsan a la mano de obra desempleada a un Primer Mundo que las requiere para la multitud de trabajos: agricultura, ocupaciones del hogar, hospitales, transportes, hotelería y aún servicios de cuello blanco, que su propia fuerza doméstica ya no necesita o no quiere cumplir, pero que no por ello dejan de ser ocupaciones necesarias, o sea, el trabajador migratorio le es indispensable a las economías desarrolladas en la era globalizada. El trabajador migratorio no debe ser el chivo expiatorio de problemas y deficiencias propias del mundo desarrollado, como

lo son el fin de las industrias armamentistas, el paso de la manufactura a la tecnología, o la falta de readiestramiento de la fuerza de trabajo local. Pero sin el trabajador migratorio mexicano en los Estados Unidos, turco en Alemania, argelino en Francia, estos países sufrirían escasez de alimentos, inflación y carestía de productos. Y si México, por ejemplo, le diese pleno empleo a sus trabajadores, la agroindustria del estado de California, que rinde la tercera parte del producto agrícola de los Estados Unidos, y depende en un 90% de la mano de obra mexicana, tendría que encontrar ese 90% en otra parte, así fuese entre los esquimales del Polo Norte.

La relación deformada entre globalización y trabajo, puede conducir de vuelta a los peores crímenes del siglo XX, la xenofobia, el racismo, el exterminio. Hay que tener mucho cuidado. La globalización será juzgada y el juicio le será adverso, si por globalización se entiende desempleo mayor, servicios sociales en descenso, pérdida de soberanía, desintegración del derecho internacional, y un cinismo político gracias al cual, desaparecidas las banderas democráticas, agitadas contra el comunismo durante

la llamada Guerra Fría por el llamado mundo libre, este, el mundo libre, se congratula de que en vez de totalitarismos comunistas o dictaduras castrenses, se instalen capitalismo autoritarios (eficaces como en China) que siempre son preferibles, en la actual lógica global, a neoliberalismos fracasados que en realidad son capitalismo de compadres, como en Rusia.

La globalización pues, puede instalarnos en un mundo indeseable dominado por la lógica especulativa, el olvido del ser humano concreto, el desprecio hacia el capital social, la burla de los restos de soberanías nacionales, ya heridas profundamente, la destitución del orden internacional, y la consagración de una especie de capitalismo autoritario, como forma expedita de gobernar sin necesidad de mayores explicaciones. Y, sin embargo, no puedo dejar de recordar una frase maravillosa pronunciada en el albor de nuestra cultura iberoamericana, por uno de nuestros primeros escritores: el inca Garcilaso de la Vega, hijo de padre español y madre indígena; “mundo”, dijo Garcilaso, “mundo solo hay uno”. ¿Podemos aprovechar?, me pregunto, les pregunto, ¿podemos aprovechar las oportunidades

de la globalización para crear crecimiento, prosperidad y justicia? Quiero decir con esto que si la globalización es inevitable, ello no significa que sea fatal; significa que debe ser controlable, y que debe ser juzgada por sus efectos globales. Las crisis de la globalización tienen un origen perverso, sobrevalúan el capital financiero, pero subvalúan el capital social. La misión del tercer sector de la sociedad civil, es pues, reanimar los valores del trabajo, la salud, la educación y el ahorro, es decir, devolverle su centralidad al capital humano.

¿Es posible entonces socializar la economía global? Yo creo que sí, por más arduo y exigente que sea el esfuerzo. Sí, en la medida en que logremos sujetar las nuevas formas de relación económica internacional a la acción de base de la sociedad civil, al control democrático y a la realidad cultural; sí, en la medida en que la sociedad civil sea capaz de ofrecer alternativas a un supuesto modelo único; sí, en cuanto a la sociedad civil rehúse a la fatalidad del pensamiento único, y constantemente reimagine las condiciones sociales, le recuerde a todos los poderes que vivimos en la contingencia, y vincule la globalidad a hechos sociales concretos y variables,

dentro de lo que, a falta de una nueva terminología, seguimos llamando naciones. Quiero decir que la globalización en sí no es panacea, se requiere la base de sociedades civiles activas, de culturas diversificadas que se opongan al acecho de una cultura mundial de puro entretenimiento, uniforme, excluyente y vacua, que quisiera convertirnos en robots alegres. Se requiere de sectores públicos y privados conscientes de sus respectivas responsabilidades. La iniciativa privada necesita un estado fuerte, no grande, sino fuerte, gracias a su base tributaria y su política social en beneficio de un sector privado que requiere a su vez de una población trabajadora, educada, saludable, con capacidad de consumo, pero que ambos, el estado y la empresa de América Latina, privilegien el bienestar y la productividad de su pueblo, de su capital humano, más que su prestigiosa y a menudo engañosa ilusión de ser estrellas de una súper producción global, en la que casi siempre apenas jugamos el papel de extras. Se requiere de un marco democrático que le devuelva a la nación la noción mermada de su soberanía, su sentido político prístino. No hay nación soberana en el concierto internacional si no es soberana en el

orden interno, es decir, si no respeta los derechos políticos y culturales de la población, concebida, no como simple número, sino como compleja calidad; no como cantidad de habitantes, sino como calidad de ciudadanos.

Invoco a Juan Bautista Alberdi, el pensador argentino del siglo XIX, “gobernar es poblar”, sí, pero “poblar es educar”, añadiría su compatriota Sarmiento, y solo una ciudadanía educada puede gobernar en beneficio de su país y del mundo. Esa base, la única firme, la única creativa, para convertir a los procesos globalizadores en oportunidades de crecimiento, prosperidad y justicia, es la identificación activa de la sociedad civil, la democracia y la cultura como depositarias inseparables de una nueva soberanía para el siglo XXI, y de una refundación, acaso con un nombre que aún ignoramos de ese plebiscito diario, que en palabras de Renan constituye una nación. La nación, un plebiscito diario, una reafirmación cotidiana del vínculo histórico. Solo puede, creo yo, haber un buen gobierno nacional si hay un sector público y un sector privado conscientes de sus deberes para con la comunidad local a la cual deben servir primero, a

fin de ser parte positiva, en segundo término, de la comunidad global. Ello exige que entre ambos sectores juegue el papel de puente, instancia supletoria y vigilancia política, el tercer sector. Navegando en el barco de la globalidad, no arrojemos por la borda ni al sector público, ni al sector privado, ni a las sociedades en las que actúan. La globalización podría convertirse, sin la flotación equilibrada de esos tres factores, en un Titanic indefenso ante los aires imprevistos de una historia llena de peligros, de tormentas, desplazamientos, sorpresas financieras, resurrecciones de viejos prejuicios y resistencias de viejas culturas. El estado ni ha desaparecido, ni debe desaparecer.

En América Latina hemos vivido una curiosa distorsión, creímos que un estado grande era un estado fuerte, hasta que las sucesivas crisis de los años setenta para acá, nos demostraron que teníamos estados no grandes, sino hinchados, y por ello débiles. Estados incapaces de atender las demandas de demasiadas clientelas internas y externas. Pero las deformaciones de los estados latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XX no nos permiten olvidar que sin la construcción

de estados nacionales viables por hombres como Benito Juárez en México, Bartolomé Mitra en la Argentina, o el muy debatido Diego Portales en Chile, seguiríamos hundidos en la anarquía desangrante que siguió alternada con la dictadura sangrienta a la pérdida del techo protector de la monarquía española en 1821. Sin esa construcción, la creación de estados latinoamericanos, careceríamos hoy de adelantos fundamentales en materia de infraestructura, salud, educación, seguridad y autodeterminación. En buena hora limpiemos el agua estancada en el baño del estado, pero no arrojemos al bebé junto con el agua sucia. Existen funciones evidentes e indispensables del estado nacional, zonas de su competencia exclusiva como son las relaciones exteriores, la administración de justicia, el control de las fuerzas armadas y el orden de las finanzas públicas. A partir del Nuevo Trato del presidente Franklin Roosevelt en los Estados Unidos, el estado asumió funciones indispensables para salir de la crisis financiera y la depresión y evitar futuras catástrofes. Roosevelt salvó al capital social para salvar al capital financiero; se dio cuenta del hecho escueto: sin consumidores sanos, seguros y educados,



la empresa privada carecería de futuro. Este respeto al capital humano es la principal herencia del *New Deal* norteamericano, pero los excesos del estado de bienestar que culminó con la presidencia de Lyndon Johnson, incompatibles con la sangría bélica de Vietnam, saltan hoy a la vista y son objeto de una corrección por parte de las fuerzas políticas renovadoras que han tomado el poder en Francia y el Reino Unido, en Italia y en Alemania. Lo conservan en varias naciones del norte de Europa e informan nuevos movimientos de centro izquierda tanto en Europa como en Latinoamérica. Todos ellos están de acuerdo en sustituir la pura beneficencia de la cuna a la tumba (*from the womb to the tomb*) por inversiones sociales, educación y adiestramiento para la nueva era industrial y tecnológica que vuelva superfluo ese estado excesivo que Octavio Paz llamó “el ogro filantrópico”, y haga indispensable un estado impulsor de oportunidades para todos, y garante de la justicia para todos. Pero un estado moderno en cualquier parte del mundo tiene que enfrentarse hoy a una economía global que a menudo pasa por alto leyes y fronteras nacionales. ¿Cómo corregir las desigualdades provocadas por este estado

de cosas? ¿Cómo preparar a los individuos para la era de la nueva y acrecentada competencia en todos los órdenes de la vida? ¿Cómo reestructurar los programas de bienestar social a fin de que los ciudadanos más débiles no sucumban a lo que he llamado el darwinismo global?

El estado latinoamericano, en particular, no debe abandonar la protección de la ineficiencia solo para caer en la protección de la injusticia. La gobernanza local tiene en el mundo de la globalización un papel fundamental para mantener el equilibrio social dentro de cada nación, y esto no se consigue sin niveles de gasto público menores del 30% del producto interno bruto. Ello, a su vez, exige promover el ahorro interno y salir del círculo vicioso que nos conduce a traer capital externo con altas tasas de interés, en vez de alentar la entrada del capital productivo con altas tasas de ahorro. Para lograr todo esto se requiere una relación complementaria, no un enfrentamiento hostil entre el sector público y el sector privado. A la iniciativa privada le corresponde y le interesa invertir, producir, emplear y obtener ganancias, pero en el mundo de hoy le corresponde también entender que el mercado

no es fin en sí mismo, sino medio para alcanzar el beneficio compartido. Instrumento, no dogma; le corresponde entender que la privatización sirve para fragmentar la propiedad, no para sustituir monopolios públicos por monopolios privados; y le interesa privatizar para animar la competencia, no para encubrir el capitalismo entre compinches, lo que se ha llamado *crony capitalism*. Le interesa al sector privado participar en una estrategia nacional de desarrollo a largo plazo, que cuente con instituciones de fiscalización y transparencia para establecer la validez y funcionalidad, tanto de los organismos privados como de los paraestatales y evitar o sancionar la corrupción en ellos. Le conviene al sector privado que los agentes económicos mantengan y acrecienten sus compromisos sociales para lograr situaciones de equilibrio que alejen el peligro de la explosión colectiva, del “ya basta” de los marginados por los actuales procesos de exclusión y le conviene al sector privado colaborar estrechamente con el estado nacional en las políticas de elevación del ahorro interno, capacitación de trabajadores, fomento de la reconversión laboral, ampliación del exceso del crédito, la asistencia técnica y los sistemas

de comercialización y distribución de los pequeños productores. Y es en este punto, señoras y señores, donde la sociedad civil, el tercer sector, el sector social, cumple el papel fundamental de crear puentes entre el sector público y el privado, disolver antagonismos inútiles, afirmar compatibilidades de interés colectivo, y actuar por cuenta propia en territorios que los otros dos sectores no son capaces de ocupar, de describir, y a menudo, de imaginar. A veces donde la burocracia es ciega, la sociedad civil identifica con seguridad y velocidad mayores las necesidades del desarrollo, los problemas de la aldea olvidada, del barrio invisible, de la mujer que es trabajadora y madre; y otras veces, donde la empresa privada solo observa la ausencia de lucro, el sector social descubre o inventa la mejor manera de emplear los recursos locales poniendo en marcha actividades que le permiten a los pobres ayudarse a sí mismos: guarderías, cooperativas, sistemas de crédito, medicamentos y médicos compartidos, limpia y aseo personales y públicos, apoyo a la escuela, círculos de lectura, impulso del teatro popular, cajas de ahorro, obras vecinales, sistemas de medicina familiar. Pequeñas, flexibles, originales,

renovadoras, las organizaciones del tercer sector son las aves de buen agüero de iniciativas gubernamentales o empresariales. El tercer sector debe activar las iniciativas ciudadanas para crear empleos útiles al talento laboral expulsado de los sectores estatal y empresarial. Además, las organizaciones del tercer sector cumplen una función política no por menos visible menos indispensable. El tercer sector contribuye a establecer la agenda pública, le devuelve poder a la gente.

Esto es particularmente cierto en Iberoamérica donde seguimos siendo dos naciones, *the two nations* como describió Israel a la Inglaterra escindida entre desarrollo industrial y retraso social en el siglo XIX, o como se llama a sí mismo con humor escéptico Brasil: Bel-India (mitad Bélgica, mitad India). Somos dos naciones; coexisten en América Latina el Mercedes y el burro, el rascacielos y la ciudad perdida, el supermercado y el basurero, el barroco y el bar-rock and roll, pero la antena de televisión es la nueva cruz de la parroquia. Me parece evidente que el desafío primero del tercer sector en América Latina es crear puentes entre las dos naciones, confiar en que a partir del desarrollo humano se

consolide el desarrollo económico, entender que los problemas globales no se resolverán si no se resuelven los problemas locales, rescatar del olvido a la aldea, la comunidad aislada, la migración interna, la aparcería, los oficios, los caminos vecinales, la escuela rural, la formación vocacional, las artesanías. No habrá salud global si no hay salud local.

Las novedosas democracias latinoamericanas serán puestas a prueba por la capacidad o incapacidad de asociar la idea misma de la libertad política a la idea misma del bienestar social. Mantengamos claro ciertos criterios: el sector privado sin estado conduce a la anarquía, pero el estado sin sector privado, conduce al totalitarismo. El tercer sector tiene por función socializar tanto al sector público como al sector privado. Yo iría más lejos: los debe colonizar. Pero debe saber la sociedad civil, debe saber que ella misma es constantemente colonizada por el estado y por la empresa. No se trata pues, quiero decir, de compartimentos estancos. En cierto modo la sociedad civil es como los partidos políticos que tienen un pie en la sociedad y otro en las instituciones. No basta por ello la muy difundida versión de la sociedad civil como lo no

controlado por el poder público, o por la empresa privada. La sociedad civil no solo critica a las instituciones públicas y privadas, las enriquece, las contamina, ofrece soluciones alternativas, participa de ellas y en ellas. El interés público no tiene un defensor único. Cada vez más la solidaridad y la vocación de participar llevan a la formación en distintos campos de organizaciones no gubernamentales, cuya labor puede ser tan importante como la de los estados y las empresas.

A nosotros nos corresponde atender desde ahora las posibilidades mínimas pero profundamente humanas que resuelven problemas concretos, y le dan un sentido actual e irrenunciable a las actividades de la ciudadanía. He insistido aquí en la necesidad latinoamericana de aumentar nuestros niveles de ahorro para aumentar nuestros niveles de producción y disminuir nuestra dependencia del capital especulativo, atrayendo en cambio al capital productivo. Este es un gran tema, pero tiene modalidades tan pequeñas que a veces pasan desapercibidas. Sin embargo, son tan importantes que a veces constituyen fundamento y sentido de lo que entendemos por tercer sector o sociedad civil. Para

abrir canales entre el ahorro y la inversión productiva se necesitan fondos de previsión social, cajas de ahorro, uniones de crédito, y en general acceso al crédito; se requiere así mismo, animar y multiplicar los sistemas de micréditos.

Doy un solo ejemplo suficiente e ilustrativo. En varias regiones rurales de Asia se está creando una democracia del crédito. El Banco Rural de Bangladesh ha otorgado desde su fundación hace veintidós años 2,500 millones de dólares a dos millones de clientes. Solo el año pasado dio créditos a los pobres por 500 millones de dólares. El préstamo promedio es de unos doscientos dólares; el nivel de devolución es del 98%. Los pobres, a diferencia de ciertos bancos en México, Rusia, Estados Unidos o Indonesia, pagan puntualmente, no necesitan rescates financieros sufragados por el contribuyente. La mayoría de los sujetos de micréditos son mujeres y emplean el 90% del dinero en salud y educación para sus hijos, es decir, en la formación de ciudadanos.

Doy otro ejemplo: Novo Sarandi, la cooperativa de los sin tierra brasileños, ha obtenido ganancias de 12 millones de dólares este año. Se trata



de una organización de la sociedad civil nacida en esta ocasión de la violencia, es cierto, pero finalmente legitimada por la autoridad que ha ampliado la legalidad social y hoy cuenta con mil quinientos miembros, y a partir de lo que eran tierras muertas, tierras abandonadas, comercializa sus productos a través de multinacionales canadienses e italianas, y le ha dado a sus miembros, a los miembros de esta cooperativa, en vez de los 50 dólares mensuales de su antigua pobreza, 500 dólares mensuales de una nueva prosperidad. Una prosperidad real; no lo es la prosperidad ficticia que a cambio de disciplina fiscal otorga empobrecimiento; no lo es la sacralización del capital financiero a costa de la fe en el capital humano. ¿Es tolerable un mundo en el que el 20% de la población consume el 86% de la producción global? ¿Un mundo en el que las necesidades de educación básica en las naciones en desarrollo es de 9,000 millones de dólares y el consumo de cosméticos en los Estados Unidos es también de 9,000 millones de dólares? ¿Un mundo en que las necesidades de agua, salud y alimentación en los países pobres podrían resolverse (es un texto del Partido Socialista Sueco en el que me

baso) podrían resolverse con una inversión inicial de 13,000 millones de dólares y donde el consumo de helados en Europa es de 13,000 millones de dólares? ¿Podemos democratizar la globalización? ¿Podemos tener disciplina con crecimiento y ambos con justicia? Es la acción de la sociedad civil que oyó la que va a dar respuestas a estas preguntas, pero la sociedad civil no vive en el aire, necesita el techo protector de la democracia y la sabia nutrición de la raíz cultural. Hay que profundizar la democracia, nos dice desde su atalaya sueca Pierre Schori el viceministro de Relaciones Exteriores de esa nación escandinava, “hay que profundizar la democracia”. La base de todo es el respeto al sufragio, pero se necesita liberar a la política de la influencia del dinero; se necesita llenar los vacíos entre elección y elección, revocar mandatos, realizar referenda, exigir la responsabilidad parlamentaria a los ministros, contar con un ministerio público independiente y afirmar las soluciones judiciales contra los abusos del poder. La democracia, en otras palabras, es algo más que un episodio electoral. Se necesita elevar la participación política; se necesita ampliar el acceso de la comunidad a las comunicaciones, y se necesita

que la gente conozca y reivindique sus derechos. Por todo ello hay que profundizar la cultura que, junto con la democracia política, es la otra rueda de la sociedad civil, empezando por las políticas de la educación.

El analfabetismo, propone la escritora sudafricana, Nadine Gordimer, debe ser considerado un crimen contra la humanidad. Negarle educación al pueblo es un despojo tan grave como negarle agua o negarle tierra. La educación latinoamericana debe ser un proyecto público apoyado por el sector privado y dinamizado por el sector social. Su base es la educación primaria y secundaria, que ningún latinoamericano de 16 años o menos se encuentre con un pupitre vacío. Su meta es la educación vitalicia: que ningún latinoamericano deje jamás de aprender. La enseñanza moderna es un proceso inacabable, mientras más educado sea el ciudadano del siglo XXI, más educación seguirá necesitando a lo largo de su vida. Su prueba es ofrecer una educación inseparable del destino del trabajo, en un mundo donde el avance tecnológico podría crear desempleo a pesar de la educación. Este problema debe resolverse mediante políticas

de redistribución y readiestramiento del empleo. Ello requerirá técnicas de educación novedosas, pero la América Latina, continente de carencias y de frágiles fundamentos, aún puede dar un ejemplo de educación para el trabajo a partir de las necesidades de la segunda nación de la pobreza y de la marginación; educación artesanal para los reclamos de la aldea, del barrio, de la zona aislada; educación para la infraestructura; educación para el crédito; educación para el ahorro. Todo esto nos exige la base social de la América Latina, y la educación, en fin, para la democracia y en la democracia. Tenemos que activar las iniciativas ciudadanas, la vida municipal, las soluciones locales a problemas locales, todo ello dentro de un marco formal de división de poderes, elecciones transparentes, y fiscalización de las autoridades. Eduquemos a los latinoamericanos para ejercer el poder, no el poder sobre los demás, sino el poder con los demás.

La América Latina cuenta para todo ello con una asombrosa continuidad cultural, de las antiguas civilizaciones indígenas de México y Perú, a las fundaciones ibéricas de raíz mediterránea, a la porte de la negritud africana. De los anónimos constructores

de Chichen-Itzá y Machu-Pichu, a Oscar Lyn Meyer y Luis Barragán. De la poeta colonial mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, al moderno poeta chileno Pablo Neruda; de los sabios memorizadores de las cosmogonías del alba, a la gran novelista argentina Luisa Valenzuela; de las *Crónicas de Indias* a la creación novelesca del colombiano Gabriel García Márquez; del treno musical en el murmullo de la amazonía, a las composiciones contemporáneas del argentino Alberto Ginastera, el brasileño Héctor Villalobos y el mexicano Silvestre Revueltas; de la imaginación plástica de Alesandriño en Brasil colonial, a los murales mexicanos de Rivera, Orozco y Siqueiros; de la riquísima tradición popular que va de los cantos ceremoniales aztecas, a los payadores argentinos y los corridos mexicanos, a Carlos Gardel, Mercedes Sosa, Violeta Parra, Lola Beltrán, Juan Luis Guerra, la América Latina posee una cultura vigorosa continua, sin rupturas, que contrasta seriamente con las rupturas y debilidades de nuestra vida política y económica. ¿Podremos, el siglo que viene, comunicar el vigor y la continuidad culturales a la economía y a la política? ¿Podremos hacer de la cultura una comunidad activa?

Nuevamente creo que este pasaje, este paso, depende de la dinámica del vigor de la sociedad civil. Al fin y al cabo, ¿qué es una cultura sino la pluralidad de nuestro quehacer social? Cultura es la manera como caminamos, comemos, vestimos, amamos, recordamos y deseamos, es nuestra manera de saludar, amueblar, movernos, luchar, morir, cantar, es la manera de no olvidar que estamos en el mundo. Los seres humanos tenemos muchas maneras de organizarnos: familia, tribu, clan, feudo, ciudad, estado, nación, imperio, comunidad internacional, aldea global; ninguna de ellas está inscrita en el orden natural. La cultura, en cambio, por mínima y rudimentaria que sea, precede a las fuerzas de la organización social a la vez que las exige, las precede y las exige.

Retomo por ello algo que dije al principio: durante quinientos años nos hemos regido por formas e ideologías, nación, nacionalismo, estado nacional, derecho internacional que eran inconcebibles en la época histórica anterior: la Edad Media; el genio de los filósofos, de los juristas y de los hombres de estado renacentistas consistió en adaptar nuevas realidades a una nueva legalidad.

El nacionalismo, dijo Ernest Gellner, tomó culturas precedentes y las convirtió en naciones.

¿Podemos nosotros hoy, me pregunto, en los albores del nuevo siglo y el nuevo milenio, adaptar las nuevas realidades que aquí he mencionado a una nueva legalidad, que las salve de la anarquía en un extremo y de la opresión en el otro? La respuesta solo puede ser positiva si creamos una nueva legalidad, que en vez de hacerlas de lado, encarne a las culturas de la humanidad y les ofrezca el apoyo de la sociedad y de la democracia. Ello no significa uniformidad o nivelación como lo pretenden con éxito muchas formas de comunicación y entretenimiento contemporáneos. Significa más bien regresar a la sabiduría de José Ortega y Gasset, cuando nos advierte que la vida es antes que nada una constelación de preguntas a las que contestamos con una constelación de respuestas que llamamos cultura: la cultura. Añade Ortega, puesto que muchas respuestas son posibles, ello significa que existen y han existido muchas culturas, lo que nunca ha existido es una cultura absoluta, esto es, una cultura que responda con éxito a todas las preguntas.

Regreso a Alfonso Reyes: su idea de la cultura se corresponde precisamente con la idea de la sociedad como una realidad diversificada, dinámica, mutante, atenta a las variedades de la vida social en condiciones tan distintas como pueden serlo la vida en Manhattan o la vida en Malasia, pero imbuida de un respeto sin pluralismo que no condena cultura alguna como retrasada, sino como portadora de valores propios dignos de respeto. El indígena tzotzil del estado de Chiapas es tan dueño de una cultura, su cultura, como el catedrático universitario en la Ciudad de México.

Cultura y sociedad civil, nos plantean por ello una maravillosa aunque ardua obligación, la de reconocernos en él y ella, que no son como tú y yo. Las amenazas de la xenofobia y el chauvinismo, que son como el contrapunto indeseable a la uniformidad sin rostro del alegre robot de la globalización, solo pueden ser contrastadas por la sociedad portadora de esta convicción. No hay culturas puras, no debemos temer el contacto entre culturas, las culturas solo florecen en contacto con las otras culturas y todas las culturas son el resultado de encuentros entre razas y tradiciones diversas.



Señoras y señores, nuevamente estamos detenidos entre la ceniza y el surco, nos acercamos al nuevo siglo, situados entre la prosperidad y la pobreza, la educación y la ignorancia, la comunicación instantánea y el aislamiento instantáneo, la paz y la guerra. Entre estos antagonismos corresponde a la sociedad y a la cultura democrática afirmar la continuidad de la vida a pesar de la inevitabilidad de la muerte, reconocer nuestra humanidad en la humanidad de quienes no son como nosotros, y afirmar a todos los niveles de la vida social, económica y política que la historia no ha concluido, que somos hombres y mujeres inacabados que no hemos dicho nuestra última palabra, plantado nuestra última semilla, o abarcado a todos los seres humanos que caben en nuestro abrazo. Este será, estoy seguro, el espíritu que anime los trabajos y los días de la Cátedra Alfonso Reyes aquí en el Tecnológico de Monterrey.

Muchas gracias.

**Instituto Tecnológico  
y de Estudios Superiores  
de Monterrey**

**Salvador Alva  
Presidente**

**David Garza  
Rector**

**Ines Sáenz  
Decana, Escuela de Humanidades  
y Educación**

**Ana Laura Santamaría  
Directora, Cátedra Alfonso Reyes**



**Un nuevo contrato social  
para el siglo XXI**

Carlos Fuentes

Edición conmemorativa del XX aniversario  
de la Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey,  
se terminó de imprimir y encuadernar en febrero de 2019.

En su composición se usaron los tipos Garamond  
Regular y Bold de 12 y 10 puntos.  
La edición consta de 500 ejemplares.





